

Relato en Textículos de las Gestas y Fazañas del Valiente y Nunca Bien Ponderado Caballero Frikipedio, paladín de la Justicia y el Honor, y otrosí de las cuitas y placeres que le causaron sus arriesgados amoríos con la Simpar Inciclopea.

Textículo III. De los Juegos de Frikipedio Muchacho, y de sus Primeros Amores y Riesgos.

En los confines del condado de Pedia, invierno tras verano, y verano tras invierno, fue Frikipedio creciendo, observando las viejas costumbres de la nobleza gondwanesa. Sus mañanas eran dedicadas al estudio, las tardes a la preparación de la batalla, y apenas quedaban momentos ociosos, que como los demás niños del castillo dedicaba a travesuras y gamberradas.

Los padres de Frikipedio, entrados ya en la treintena, iban sustituyendo su ardor juvenil por la sabiduría forzosa de su edad.

Uncyclopedia, belleza extranjera, iba ajando sus carnes a cambio de una mirada más profunda. Pero siempre, hasta en sus tiempos postreros, conservó su porte esbelto, y el pelo largo y ondulado, de un color rubio claro que tan sólo se volvió más blanco con los años.

La condesa era una dama difícil, que al contrario de otras mujeres que gustaban de las tareas hogareñas, disfrutaba visitando la Biblioteca de la Torre Norte, y era capaz de pasar tardes enteras tañendo la fídula o escuchando a Ludovico y Teobaldo arrancar sonidos al pesado organistrum.

El conde Wikifredo, en principio zafio e inculto, fue con los años adquiriendo sutiles conocimientos. Por ejemplo, cómo cortar la cabeza a un enemigo de un solo mandoble. O la manera de, con una patada giratoria, derrumbar el pobre muro de una choza campesina. Incluso se inició en el difícil arte de la lectura, sabiendo descifrar las preciosas líneas caligrafiadas de los códices con los que encendían habitualmente los fogones.

Frikipedio, fruto de la unión de tan diversos caracteres, fue en parte amante de la cultura y en parte amante de la lucha.

De mañana se enfrascaba en aprender los latines y discutía largas horas con su tutor. El tutor de Frikipedio, Fray Paifocles de Eirís, monje dominico, era un curioso personaje. Gran lector y filósofo natural, exponía ideas teológicas alejadas de las corrientes más comunes. En ocasiones expresaba al joven Frikipedio pareceres cuasi heréticos, como que la vida está hecha para el placer y no para el sufrimiento. El fraile daba largos paseos por el bosque cercano al castillo, en los que enseñaba a su

discípulo la escondida belleza de las cosas pequeñas. Arañas, orugas, sapos, ratas... toda la fauna diminuta que habita la fronda, toda la exuberante vida que normalmente pasa desapercibida llenaba la mente del niño Frikipedio de inesperadas maravillas.

Las tardes de nuestro joven héroe, en cambio, eran para el trabajo, el ejercicio físico y las emociones propias de la batalla. Frikipedio, por la mañana pacífico y paciente, se convertía, espada de madera en mano, en un fiero luchador. Un caballero incansable que arremetía contra su padre con saña y astucia. Sir Wiki estaba orgulloso. No le gustaba mucho que Frikipedio fuese educado por aquel religioso al que tanto admiraba su esposa, pero la sana fiereza, la terrible animadversión que su retoño demostraba por los muñecos de trapo que recibían lanzazo tras lanzazo y corte tras corte, tranquilizaban el ánimo del conde, y le permitían soñar sonadas victorias, que a la luz de los acontecimientos venideros, se quedaban cortas.

No obstante Frikipedio destacase en la instrucción de mente y cuerpo, y a sus ocho años fuese ya un temible adversario para cualquier adulto en la conversación inteligente o en la burda lucha, seguía siendo un niño y añoraba los pocos momentos que le quedaban en la semana para jugar con otros infantes, y gastar las horas en inocentes entretenimientos.

Los otros niños, del castillo y la aldea cercana (a la que a veces le acercaba Pegerto, el palafrenero) veían en Frikipedio un jefe natural. El joven conde siempre era al que se le ocurrían los mejores juegos y el que planeaba las más ingeniosas travesuras. Cuando veían acercarse su corcel blanco, acompañado del viejo cuidador de caballos, salían todos a su encuentro para recibirle como merecía.

Una tarde de Julio, cerca de la fecha de su cumpleaños, Frikipedio pudo al fin acercarse a la aldea para jugar con los niños campesinos.

En su improvisado ejército de pilluelos, hallábanse Pepe, el hijo del panadero; Pafnucio, bastardo del obispo, pero oficialmente descendiente de un apocado herrero y su gorda mujer, que servía para la Iglesia. Callado y misterioso era el tímido Aníbal Leches, de la casa grande junto a la plaza mayor, cuyo padre había muerto en extrañas circunstancias. Se decía que el asesino se había comido parte del cuerpo... Cristóforo y Colombo, hijos de navegantes, Cebolleo, Simiento y Hortalizo, de padres campesinos... y una niña muy varonil y arrojada, de nombre Inciclopea.

Aquella pandilla era el terror de los comerciantes y buhoneros. En una ocasión, durante la fiesta del Santo Apéndice de Pasta, habían recorrido todo el mercado buscando coles y hortalizas varias, y llenándolas de gusanos que habían criado con mimo durante días. Los conocimientos de Frikipedio les habían orientado a todos sobre el mejor modo de alimentar y engordar aquellos horribles bichos. Los gritos, sustos e improperios al hallarse todas las verduras plagadas de vermes rollizos e intranquilos son todavía recordadas en la comarca.

Otra vez, las gracias casi acaban en tragedia. A pocas horas a caballo del pueblo hallábase un convento de monjes dedicados a la preparación de tallarines. Uno de ellos, llamado Ramonicum, se jactaba de ser más sabio que el mismísimo Aristóteles. Y ciertamente destacaba, pero por su bronco verbo y su impopular sorna. El tal Ramonicum en cierta ocasión se había topado con Frikipedio en el Templo, y lo había avergonzado hasta el llanto delante de sus amigos.

Ciertamente un niño no tiene la experiencia de un adulto en muchas cosas de la vida, pero no obstante Frikipedio a sus seis años brillaba do estuviese por su elocuencia y la belleza de su voz. Aquel monje, por envidia, o por simple maldad, comenzó a buscarle las cosquillas, como suele decirse, y notando que Frikipedio no conocía bien algunos dogmas de la fe pastafari se rió de él, diciendo:

-¡Qué simple es este muchacho! Todo el mundo sabe que el Monesvol está hecho de espaguetis, y no es un pulpo con sus tentáculos extendidos, ¡pues en tal caso llamaríase Monpulvol! Si no fuese porque la corta edad acompaña a su corto entendimiento, diría que es un sucio hereje! Niño, deja estas cosas para los mayores, tú juega a tus niñerías...

Puede que para un adulto diferenciar al Monesvol del pulpo marino sea lo más normal del mundo. Pero para un niño de seis años, que apenas ha dejado el pecho materno anteayer, las dos imágenes son muy semejantes. Frikipedio lloró amargamente y su alma guardó desde entonces un odio enconado hacia el tal Ramonicum, que dicho sea de paso, contaba con innúmeros enemigos.

El caso es que dos años después de aquel episodio, Frikipedio tuvo la ocasión de vengarse de aquel indigno monje:

Era la festividad de las *Dos Clases de Pasta Primordiales*¹, y los monjes ofrecían una degustación gratuita al pueblo. Ramonicum presumía de haber preparado el plato más delicioso. Frikipedio, que tenía gran antipatía por este monje blasonador², había ido a molestarle, diciendo que sus fideos más parecían lombrices intestinales por su asqueroso aspecto. El monje comenzó a gritar, muy agitado, y en su vanidad llegó a apostar sus fuentes de virilidad -utilizando palabras malsonantes que no me atrevo a repetir- a que el mismísimo conde confirmaría su excelencia. Naturalmente, Ramonicum desconocía que aquel niño que lo había exasperado era en realidad el hijo del temido Sir Wikifredo de Entrerredes.

Frikipedio, con algo de malicia, lo emplazó, buscando testigos, a cumplir la apuesta. Y acto seguido llamó a su fiel Pegerto para que en secreto fuese a buscar a su padre.

El caso es que en pocos minutos el mismísimo conde pastafarísimo con su séquito apareció delante del puesto de Ramonicum y, siguiendo las instrucciones de su hijo probó los fideos y los escupió a la cara del monje, haciendo notar que su sabor era peor que el de los huevos podridos.

1 Esto es, los fideos y los tallarines, como recoge el *Libro Sagrado de las 1001 Recetas de Pasta*.

2 Fanfarrón, jactancioso, presumido, presuntuoso... (gondwanés *blahsanahdar*).

Todos, que habían asistido a la escena entera, prorrumpieron en risotadas.

Ramonicum, que además de desagradable y pendenciero tenía peor sentido del humor y mal perder, dijo que si prometía una cosa la hacía, y aunque se le intentó detener, sacó un cuchillo y ante el pueblo entero, el conde y su hijo, cortóse las criadillas. Se desmayó por el intenso dolor, pero aunque los médicos intentaron volvérselas a colocar, Ramonicum fue un castrado desde entonces.

Los niños, que son inocentes y sin maldad, desde entonces siempre lo embromaron y a coro le cantaban una cancioncilla que decía algo así como:

*Ramonicum, por fanfarrón,
te quedaste sin cojón.
Ahora ya castradito
Cantarás con voz de pito*

*Al heredero de Entrerredes
retarás -¡uy, ya no puedes!-
Pero sí, ¡con voz de señorita
canta esta cancioncita!*

Fray Ramonicum dejó el convento, avergonzado, y huyó de Pedia. Los hermanos de su congregación en realidad no lo echaron en falta. Y los pedenses tampoco. Su carácter ya imposible de tratar se volvió más huraño y resentido inexplicablemente, y si hasta el momento había tenido como afición la música, por mor de la cancioncilla infantil odió desde entonces todo canto, villancico, melodía o encuentro de sonidos que tuviese algo de musical.

Aunque Frikipedio no tuvo la culpa directamente de lo sucedido, aquel antiguo hombre³ del señor guardó siempre un lugar especial en su ánimo para aquel niño por el que había dejado su ocupación, su pueblo y hasta su virilidad.

.....

Generalmente las travesuras de Frikipedio y su ejército de gamberros nunca eran castigadas en exceso. Principalmente porque pocas veces se descubría la autoría, y porque no solían tener consecuencias demasiado graves. Ciertamente que a veces las bromas eran pesadas, y las gentes se abochornaban. Pero cuando querían castigar al niño, Frikipedio se reía y todas las cuitas eran olvidadas. Inexplicablemente el recuerdo de las fechorías de aquellos niños acababa siendo asociado a una risa grata y contagiosa, y ya nadie, exceptuando algún monje castrado, deseaba vengar aquellos malos tragos.

Frikipedio, en un principio atribuyó el prodigio al sonido de sus carcajadas. Pero en una ocasión cayó en su *trampa risueña* un alguacil sordo. Por suerte, porque en ese

3 El autor utiliza un doble sentido: *antiguo hombre* se refiere también a la pérdida de sus testículos.

instante arremetía contra ellos lanza en ristre. Poco a poco se fue dando cuenta de que era su cara, exactamente el gesto al que antes refería como gesto XD el que provocaba tal efecto. La carcajada contagiosa tan sólo atraía la vista hacia su cara, y el gesto de sus ojos cerrados en aspa y la boca en forma de media luna hacían el resto.

Entre su ejército de niños campesinos y villanos, hallábase una niña dos años más joven que Frikipedio. Una extraña forastera, venida de allende el mar, llamada Inciclopea. Tenía una larga melena que llevaba recogida en una gruesa trenza negra y brillante como lomo de serpiente. Era valiente, atrevida... jamás se amedrentaba. Al principio, para ser aceptada en el grupo se había disfrazado de chiquillo; todos veían en aquel muchacho, que se hacía llamar Inciclópeo, un posible líder, que hacía sombra a veces al mismísimo Frikipedio. Y lo hubiese sustituido, de no ser porque un día su madre, una mujer gruesa y también morena, ataviada con ropas de fuerte colorido, la andaba buscando.

-Inciclopea, niña, vuelve a casa, ¡que te esperamos para yantar! ¡Mira que eres taimada, chiquilla!...

A partir de aquel día, la niña fue rechazada, porque en aquellos tiempos también las mujeres debían valer por cuatro hombres para ser respetadas. Pero Inciclopea valía por cinco al menos, y en poco tiempo fue readmitida, si bien ya nunca más supuso una amenaza al liderazgo de Frikipedio.

Era un día de sol, extrañamente dentro de la estación lluviosa gallega, cuando Inciclopea, una vez más, acudía la primera a la *reunión táctica* de la pandilla. Frikipedio esperaba con impaciencia. En pocas horas estarían todos saboreando unos mal guardados dulces de la feria del Macarrón. Seguramente Inciclopea habría ya urdido algún ingenioso plan para arrebatarse el botín a sus cuidadores, los confiteros de la capital. Sólo una pequeña corrección, alguna sugerencia, y las mentes de nuestro héroe y aquella niña tan despierta les traerían un dulce premio.

Mas Inciclopea no venía como otras veces, con paso firme y rápido. Ni sus ropas eran las habituales polainas azules, ni su pelo oscuro se escondía en un birrete diminuto.

Estaba preciosa. Sus ojos, que hasta el momento ni había reparado en que eran verdes, lucían cual ciruelas en árbol de vecino. Su largo pelo trenzado caía por su espalda hasta el mismo comienzo de las piernas. Su atuendo, de ordinario sucio y estropeado, era un complicado vestido con cordajes de oro, y su cara siempre sucia relucía como el agua en verano.

-Hola, Inciclopea, ¡hoy pareces una chica! - le dijo Frikipedio. -¿No llevas una ropa un poco llamativa? ¡El confitero te va a cazar!

-Frikipedio: hoy no voy a poder jugar con vos. Ni nunca más. -dijo, triste, la niña.

-Mas, ¡qué decís, Inci! ¿Qué os ocurre?

Entonces, Inciclopea, grave, seria, comenzó a hablar:

-Esta misma tarde parto para Netland, la patria de mis tíos. Vengo a despedirme de vos. Nunca nos volveremos a ver. Decídselo a los otros.

-Pero...

-No hagáis más larga la despedida. Yo os recordaré siempre. Tomad este broche. Si alguna vez nos encontrásemos, sabed que es la mitad de una joya que atesoro. Vuestra parte encaja en la mía. Así nos conoceremos, aunque seamos enemigos. Si de mayor veis una dama con un broche en forma de rosquilla no la matéis hasta ver si vuestro broche encaja en el de ella. Yo nunca querré casarme con otro sino con vos, sabedlo, Frikipedio. Era nuestro destino, pero ahora nos es arrebatado. Dadme un beso.

Y antes de que Frikipedio pudiese reaccionar Inciclopea juntó sus labios con los de él y lo siguiente que nuestro caballero niño pudo ver es la figura de aquella niña tan alta como él aunque dos años más joven alejándose hacia sus padres, que la esperaban en una carroza.

Cuando llegaron los otros niños apenas le dieron importancia a la partida de Inciclopea. En pocos días se supo que el padre de la niña era perseguido por el mismísimo Rey, por alta traición. Nunca más hablaron del caso.

Pero en la hasta entonces limpia frente de Frikipedio asentóse la desazón. Un pequeño punto de tristeza, una sombra de melancolía habitaron ya para siempre en él y le acompañaron toda la vida junto a su poder risueño y un extraño colgante de plata en forma de pepino.

Fin del Tercer Textículo

Siguiente textículo: *De Frikipedio Adolescente, el embrujo etílico, las primeras batallas y otras cosas que es menester reflejar en este magno relato.*